

DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA, SAN SEBASTIÁN Y BILBAO

**ALGUNAS ACTITUDES CRISTIANAS
ANTE UNA NUEVA SOCIEDAD**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
SAN SEBASTIÁN Y BILBAO**

CUARESMA, 1976

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I.- CÓMO SER VERDADERAMENTE LIBRES

Llamada a la libertad
Caminos equivocados
La verdadera libertad

II.- CREYENTES EN UNA SOCIEDAD PLURALISTA

Pluralismo, fruto de la libertad
Pluralismo y diálogo
La fe en una sociedad pluralista

**III.- PARTICIPACIÓN ACTIVA Y COMPROMISO CÍVICO
DEL CRISTIANO**

Compromiso y amor cristiano
Valoración crítica ante el compromiso
Compromiso cristiano y liberación

IV.- EL CRISTIANO EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

Ambigüedad del progreso
Jesús y la riqueza
Bienestar y cruz

V.- LA ACTUALIDAD DE LA CUARESMA

Tiempo de conversión

Valor del silencio y la oración

Oración y compromiso por los hermanos

Conversión y penitencia

Una tarea común de adultos y jóvenes

Esperanza cristiana y celebración eucarística

A los sacerdotes y religiosos

INTRODUCCIÓN

1. Queremos construir entre todos una sociedad diferente, una sociedad nueva. Presentimos la imagen de esa nueva sociedad que se define como más libre, más plural, de mayor participación y bienestar. El cambio social repercute en nuestra vida cristiana: costumbres que varían, modificación de la jerarquía de valores, dudas y angustias de conciencia, nuevos estilos de pensar, de decidir y de actuar, tensiones en los espíritus, reacciones contrapuestas, enfrentamientos de grupos.

En el umbral de la Cuaresma, los Obispos de las Diócesis de Pamplona y Tudela, San Sebastián y Bilbao os invitamos, en esta Carta Pastoral conjunta, a tomar una postura cristiana ante el cambio acelerado que vivimos en el orden cultural y social. Reflexionemos juntos sobre algunas de las incidencias de este cambio en nuestro mundo interior. Que nuestras actitudes personales se modelen según el Evangelio, para modelar según el Evangelio una nueva sociedad.

I.- CÓMO SER VERDADERAMENTE LIBRES

Llamada a la libertad

2. Queremos ser más libres en una sociedad más libre. Deseamos que llegue pronto el desarrollo de las libertades en la sociedad, como ámbito necesario para el desarrollo y maduración de nuestra libertad personal.

Intuimos, sin embargo, que la verdadera libertad es una difícil conquista. Una sociedad más adulta, más consciente, más responsable y dueña de su propio destino, sólo puede ser creada por hombres que se esfuerzan por ser cada día personalmente más libres.

Creemos que el Evangelio nos puede iluminar y orientar en la búsqueda de una verdadera libertad. Las primeras comunidades cristianas vieron en Cristo el anuncio de una verdadera liberación. Así escribe San Pablo: “Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud” (Ga 5,1). La vida cristiana consiste en ir acogiendo activamente la fuerza de liberación total que se nos ofrece en Jesucristo.

Caminos equivocados

3. Es fácil equivocarse en la conquista de una verdadera libertad. A veces, creemos que seremos más libres prescindiendo de Dios, excluyéndolo de nuestra vida. Podemos experimentar la tentación de arrinconar a Dios y olvidar las exigencias de la moral cristiana como algo pesado, carente ahora de toda actualidad.

Sin embargo, no podemos confundir la libertad con la ruptura con Dios o el olvido de los principios éticos de la moral personal y social. La experiencia nos dice que el pecado es nuestra verdadera esclavitud, algo que se opone profundamente a nuestra liberación: “Todo el que comete pecado es un esclavo” (Jn 8,34). No podemos creernos más libres sin hacer un esfuerzo serio por liberarnos del pecado personal y del pecado instaurado en nuestra sociedad, que ahoga nuestros deseos de convivencia fraterna.

Otras veces, podemos confundir la libertad con una vida independiente. Quisiéramos movernos por decisiones tomadas individualmente, sin dependencia alguna de los demás. No es extraña esta reacción contra las manipulaciones provenientes de los centros de poder informativo, social o económico en nuestra sociedad de consumo.

Y, ciertamente, la conquista de una verdadera libertad exige una lucidez y una postura crítica frente a tantas presiones que pueden ir anulando nuestra propia responsabilidad personal. Pero esto no nos debe hacer olvidar que el hombre sólo puede ser libre desde los demás y para los demás. El que quiera ser libre prescindiendo de los problemas ajenos, perdiendo el respeto a toda autoridad, organizando su vida desde su individualismo, terminará por ser esclavo de sus propios errores y egoísmos.

La verdadera libertad

4. Ser libre no es vivir solo y aislado. Ser libre es ser cada día más capaz de una verdadera convivencia humana. Sólo se puede ser libre sirviendo y liberando a otros de todo aquello que los pueda esclavizar y deshumanizar.

La verdadera libertad es servicio. Así escribe S. Pablo a las comunidades cristianas: “Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad para la carne; antes, al contrario, servios por amor los unos a los otros” (Ga 5,13). Por esto, el creyente debe acoger el desarrollo de las libertades institucionales como el camino para colaborar y cooperar más eficazmente en el desarrollo integral de las personas.

Ser libre no es tener la posibilidad de hacer lo que uno quiere. Ser libre es ser capaz de ir construyendo la propia vida en la verdad, en la justicia, en el amor. El que pretenda ser libre dejándose guiar por su instinto egoísta, saboreando la vida de cualquier forma, rompiendo con todo con tal de disfrutar, invocando una pretendida conciencia personal sin haberse forjado un criterio serio y razonable sobre el valor de sus acciones, descubrirá muy pronto que no es libre. Cuando hemos hecho “lo que nos da la gana”, descubrimos que no somos libres, sino esclavos, más esclavos que nunca de nuestra propia ligereza y superficialidad.

Los cristianos solemos hablar de la “libertad de los hijos de Dios”. No es una frase. Es la libertad de aquellos hombres que saben que su vida, su porvenir, su destino último, está en manos de Dios. La libertad es no sólo una conquista. Es también un don que debemos saber acoger. “Si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres” (Jn 8,36).

II.- CREYENTES EN UNA SOCIEDAD PLURALISTA

Pluralismo, fruto de la libertad

5. Una sociedad más libre será siempre una sociedad más pluralista. Los diferentes modos de ver lo verdadero y lo bueno y las decisiones tomadas con verdadera libertad nos conducen al pluralismo social. Nuestra sociedad no es una sociedad monolítica y uniforme.

Observamos entre nosotros una variedad grande en las opciones políticas y en las posturas que se adoptan ante el mismo hecho religioso. Notamos en nuestra sociedad las consecuencias de este pluralismo: tensiones, conflictos, enfrentamientos.

El Evangelio es una llamada a construir una sociedad en la que los hombres puedan convivir como hermanos, hijos todos de un mismo Padre. Por eso, el creyente se siente llamado a colaborar activamente en el logro de una sociedad en la que el respeto a la persona humana, el diálogo sincero entre la diversidad de sus miembros y la colaboración real de todos en el bien común sean cada vez más reales.

Pluralismo y diálogo

6. La participación activa en una sociedad pluralista de hombres que se aceptan como hermanos exige tomar conciencia de que nos necesitamos los unos a los otros. Nuestras interpretaciones y actuaciones individuales o de grupo siempre son limitadas y parciales. Necesitamos ser corregidos y completados por otros. También aquí es verdad aquello de que «no puede el ojo decir a la mano ‘no te necesito’, ni la cabeza a los pies ‘no os necesito’» (1 Cor 12,20).

Una sociedad pluralista y fraterna es una sociedad en la que los hombres van aprendiendo a convivir en el mutuo respeto y en el diálogo sincero. Todo esto entraña unas exigencias concretas. El recuerdo del pasado no debe bloquear ahora el diálogo necesario en toda sociedad pluralista. Nuestro pluralismo social tiene que pasar por la reconciliación y la renuncia al revanchismo y a la venganza personal o de grupo.

Hemos de aprender a desprendernos de prejuicios que nos impiden escuchar la verdad y el valor de lo que los otros nos pueden aportar. Hemos de aprender a buscar nuevos cauces de verdadero diálogo en una postura abierta, dispuestos a modificar nuestras posturas y nuestras actuaciones en la medida en que descubrimos en el otro verdad, valor, bondad.

Sin embargo, el pluralismo creciente en nuestra sociedad no debe llevarnos a abdicar ligeramente de nuestras propias convicciones ni conducirnos a la indiferencia. En la confrontación con otras posturas, hemos de ir descubriendo mejor nuestra propia verdad, con sus valores y sus limitaciones, para enriquecerla con la aportación de los demás.

La fe en una sociedad pluralista

7. También los creyentes debemos aprender a valorar, apreciar y redescubrir mejor nuestra fe en la convivencia diaria con quienes interpretan la vida y se enfrentan a ella desde posiciones diferentes a la nuestra. En una sociedad pluralista, sólo puede subsistir una fe adulta. Sólo los creyentes que tomen su fe en serio y sepan pensarla, recordarla, celebrarla y vivirla, podrán vivir en una sociedad pluralista “siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida razón de su esperanza” (1 Pe 3,16), y anunciar a sus hermanos el mensaje del Evangelio.

Los cristianos tendremos que recordar más que nunca en una sociedad pluralista que nuestro testimonio de vida cristiana es el mejor signo de credibilidad de nuestra fe. Hay una pregunta que nos podemos hacer todos: ¿A los que conocen mi vida de cerca les resultará más fácil creer en Jesucristo?

En una sociedad pluralista es fácil perder el sentido de la autocritica. Cerramos los ojos ante nuestras propias deficiencias y errores, para polarizar nuestra atención crítica en las posiciones y actuaciones de los demás. Necesitamos escuchar todos aquella advertencia de Jesús: “¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano” (Mt 7,4).

III.- PARTICIPACIÓN ACTIVA Y COMPROMISO CÍVICO DEL CRISTIANO

Compromiso y amor cristiano

8. Ante la urgencia de la participación, es de temer en muchos de nosotros una primera reacción de abstencionismo y de inhibición. Se puede deber a la falta de preparación y entrenamiento para las tareas colectivas, a la desilusión producida por experiencias infecundas o dolorosas, a una comodidad egoísta que nos retrae del compromiso.

Pero la fe cristiana en un Dios Padre de todos los hombres, nos exige vivir dando siempre la última palabra al amor. Esto no es algo teórico. El Evangelio nos pide un comportamiento activo que tome en serio las necesidades e injusticias de los hombres y que esté dispuesto a hacer todo lo que haga falta para ayudarlos eficazmente.

El amor cristiano se concreta en la ayuda y el servicio liberador de persona a persona, y en la colaboración activa y generosa para crear unas condiciones sociales donde sea posible una convivencia más fraterna. Sería una equivocación profesar grandes aspiraciones renovadoras y hasta revolucionarias, que superan nuestras posibilidades de compromiso, olvidando los problemas concretos de los que conviven con nosotros y a los que podemos realmente prestar una ayuda eficaz. Sería también equivocado olvidar las exigencias del amor cristiano ignorando o descuidando la dimensión socio-política de la convivencia humana. Los creyentes debemos ser más conscientes de nuestra responsabilidad en la construcción de un orden socio-político en el que sea posible una verdadera fraternidad.

Nos lo recordaba hace muy poco el Papa Pablo VI: “La evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación” (ob. cit., n. 29).

Valoración crítica ante el compromiso

9. No cualquier actividad socio-política puede ser aceptada indiscriminadamente por un cristiano. El compromiso animado por la fe en Cristo Salvador debe ser liberador, es decir, debe estar orientado a liberar al hombre de todo lo que le impide una vida verdaderamente libre, responsable, humana. El compromiso del creyente que invoca a un Dios padre de todos los hombres, debe buscar el logro de una sociedad en la que no se excluya a nadie, donde no se viva bajo el dominio de unos cuantos privilegiados, donde las personas sean tratadas como corresponde a su dignidad humana, sus derechos y sus necesidades.

El compromiso de un hombre que quiere orientar su vida desde Cristo debe aprender a situar el bien personal, familiar o del grupo en la totalidad del bien común; no puede tener como objetivo último los intereses egoístas ni la obtención de privilegios para el grupo al que se pertenece. El compromiso social nacido del amor cristiano tiene que buscar el bien real de toda la comunidad política, haciendo desaparecer las desigualdades y diferencias injustas. Más aún: si el compromiso nace de unas exigencias verdaderamente cristianas, se traducirá en un servicio eficaz por la liberación de los pobres, los excluidos, los desheredados de nuestra sociedad.

Normalmente, el compromiso socio-político en una sociedad moderna implica la opción ideológica y la incorporación a un grupo determinado con el que se comparten, al menos de manera global, unas convicciones y unos procedimientos tácticos comunes.

Si el creyente quiere vivir su compromiso como cristiano, tendrá que aceptar el Evangelio como criterio que juzgue la validez de sus opciones ideológicas y el valor moral de los procedimientos que se emplean para el logro de los objetivos políticos.

Junto a la recuperación del sentido del bien común, necesitamos recuperar el sentido de valoración ética de los procedimientos. Necesitamos ajustarnos a una ética de la acción comprometida, para no dar por buenos, sin más, todos los medios que parecen eficaces. La conciencia crítica ha de mantenerse despierta dentro del grupo o partido propio, sin aceptar cualquier disciplina que esclavice la conciencia personal.

Compromiso cristiano y liberación

10. Nos alegramos con Pablo VI de que “la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres. Y ¿qué hace? Trata de suscitar cada vez más numerosos cristianos que se dediquen a la liberación de los demás. A estos cristianos “liberadores” les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido” (ib., n. 38).

IV.- EL CRISTIANO EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

Ambigüedad del progreso

11. Cuando hablamos de un progreso cada vez mayor, pensamos con frecuencia, antes que nada, en una sociedad de mayor bienestar en la que podamos satisfacer mejor nuestras necesidades materiales. Y, ciertamente, ése debe ser uno de los objetivos de nuestro esfuerzo: dominar la tierra, disfrutar de la creación y realizarnos como hombres en el uso libre y responsable de los bienes terrestres.

Sin embargo, no debemos olvidar que la riqueza y el bienestar son un bien, sólo cuando nos ayudan a ser más hombres. El progreso económico es verdadero progreso humano cuando nos ayuda a conocernos con más profundidad, cuando nos permite plantearnos de manera más responsable el sentido último de nuestra vida personal y colectiva, cuando facilita y acrecienta las posibilidades de una convivencia social más fraterna, cuando nos lleva a abrirnos más sinceramente a Dios como último destino del hombre.

Muchas veces, desgraciadamente, no es así. Obsesionados por ganar cada día más, el dinero se convierte en el objetivo supremo de la vida que nos impide mirar más allá del bienestar material. Metidos en una sociedad donde los hombres viven obsesionados por poseer siempre más, es fácil olvidar que la dignidad de la persona no se mide por lo que tiene, sino por lo que es. La grandeza de un hombre no se mide por la categoría de su vivienda, la calidad de su automóvil o el nivel de su cuenta corriente. Al hombre le debemos valorar por su capacidad de vivir con honradez y sentido de justicia, por su preocupación y disponibilidad para el servicio de los demás, por su sentido de responsabilidad ante el quehacer diario, por su capacidad de colaborar activamente en la construcción de una sociedad más humana.

La carrera de gastos y de emulaciones infantiles nos llevan tantas veces a una lucha sorda por parecer más y vivir mejor, sin parar ante procedimientos menos honestos y atropellando a quienes se ponen en nuestro camino.

Jesús y la riqueza

12. Si Jesucristo no ha condenado la riqueza en sí misma, nos ha advertido seriamente que no debe convertirse en un ídolo al que rindamos nuestra vida y nuestro ser: “No podéis servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13). No es posible vivir esclavos del dinero, preocuparnos única y exclusivamente de nuestro bienestar, desentendernos de todo lo que no sirva a nuestros intereses personales, y, al mismo tiempo, pretender vivir como hijos del Dios Padre que nos llama a los hombres a vivir en la fraternidad que sólo puede ser fruto de la justicia y del amor.

Jesucristo ha condenado la riqueza que nos hace insensibles y ciegos a las miserias y necesidades de otros hermanos nuestros (Lc 16,19-31); Jesucristo adopta un tono gravemente amenazador ante los ricos que comen y ríen felices, mientras junto a ellos hay pobres que lloran y tienen hambre (Lc 6,24-25). Me-

tidos en un ritmo inhumano de trabajar, ganar y consumir, podemos terminar ciegos ante las injustas desigualdades que existen entre nosotros, incapaces de un mínimo sentido de solidaridad ante los verdaderos marginados y abandonados de nuestra sociedad. Deberíamos preguntarnos hasta qué punto somos capaces de perder dinero o de hacer algo realmente gratis por los demás.

Cristo ha denunciado claramente la falsa seguridad que ofrece la riqueza (Lc 12,13-21). La felicidad del hombre no se logra sólo con el aumento progresivo del nivel de vida. Felices más bien los hombres de vida sobria y sencilla, que saben poner su esperanza última en Dios nuestro Padre y son capaces de irse desprendiendo de sus bienes en un servicio liberador a los hermanos.

Bienestar y cruz

13. En la sociedad del progreso, el espíritu evangélico de las Bienaventuranzas nos invita a relativizar el bienestar temporal y a repetir, con hechos de nuestro tiempo, el gesto de soberana generosidad de Cristo, quien, siendo rico, por nosotros se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9). Es la hora de los gestos de generosidad que pongan al servicio de otros hombres, de otras familias y de otros pueblos pobres, los bienes que la técnica y el trabajo depositen en nuestras manos, sin miedo a empobrecernos en aras de un amor fraternal consecuente y hasta heroico. Es el reto cristiano a nuestro tiempo y a nuestra sociedad.

Sólo relativizando el bienestar material nos será posible reconocer también el valor de las situaciones difíciles personales y colectivas, el sentido humano de la enfermedad, de la ancianidad, de la insuficiencia mental, de la invalidez y hasta de la muerte, inseparables compañeras del hombre también en la sociedad del bienestar. El recuerdo del Señor Jesús seguirá siendo clave para descifrar el enigma del dolor.

Necesitamos nuevas ráfagas de Evangelio para airear nuestros espíritus en esta sociedad del bienestar; para vivir la fraternidad en la pobreza, la esperanza en el sufrimiento y la totalidad de los valores humanos en medio del bienestar material. Este lenguaje vivo del testimonio evangélico sigue siendo inteligible para nuestro mundo.

V.- LA ACTUALIDAD DE LA CUARESMA

Tiempo de conversión

14. La Cuaresma es un tiempo de conversión. En la mente de la Iglesia siempre ha sido así. Un tiempo de seriedad por la gravedad de los problemas con que se nos invita a enfrentarnos; un tiempo de esperanza, porque se nos recuerda el deseo eficaz de Dios de obrar en nosotros la salvación. Es la época en la que los hombres valientes son capaces de enfrentarse con la verdad o la mentira de la propia vida. El clima de la Cuaresma y la llamada a la conversión no han perdido hoy su actualidad.

Hemos de redescubrir la alegría de ser cristianos, porque nuestra fe en Jesucristo nos ofrece la posibilidad de vivir este momento histórico desde una situación privilegiada. El reencuentro con la fe vivida a la altura de las exigencias de nuestro tiempo ha de dar a nuestra vida cristiana una nueva justificación y un nuevo impulso de crecimiento en la caridad.

Y hemos de plantearnos también con seriedad si nuestras vidas son una aportación positiva para que Dios, Jesucristo y su Evangelio, sean tomados en serio o sean, por el contrario, dejados de lado como algo que no llega a interesar a los hombres que quieren vivir en intensidad y profundidad su condición humana.

Valor del silencio y la oración

15. El hombre de hoy necesita crear tiempos de silencio en su vida; tiene que pararse para no dejarse llevar ni por la presión impersonalizadora del ambiente ni por la espontaneidad de sus apetencias o de sus deseos no suficientemente medidos o valorados. No es posible ser libre sin descubrir la propia interioridad o sin escuchar la voz de una conciencia que ilumina, juzga y compromete.

El cristiano convierte su silencio en oración cuando, en su deseo de ser alguien y de hacer algo a favor de sus hermanos, afirma su existencia personal en el diálogo con Dios. El mundo tiene necesidad de una inyección de espíritu que aligere el peso del afán materialista, del bienestar egoísta o del desinterés por el que sufre; el creyente debe ser capaz de oír, en el trato personal con Dios, el eco de una voz que apunta otras metas distintas del ruido de un mundo que no satisface, aunque halague.

Tenemos que aprender a gustar el gozo de orar, que es, a la vez, silencio y diálogo, lejanía del mundo y urgencia de presencia renovada. Aprender a rezar y a orar, sin evasión y con realismo; pero de verdad, no sólo hablando a Dios, sino, sobre todo, escuchándole, porque sabemos que tiene algo que decirnos desde la Sagrada Escritura y desde nuestra historia, leídas en la comunidad de la Iglesia.

Por esto la Cuaresma es el tiempo adecuado para que los cristianos nos encontremos en las comunidades parroquiales y en los pequeños grupos de re-

flexión, de retiro, de convivencias, de ejercicios espirituales. Encuentros en los que seamos capaces de poner en común nuestra fe pacíficamente poseída o en búsqueda inquieta, para ayudarnos unos a otros a ser creyentes y a identificarnos como tales en una sociedad en que otros no se sienten o no quieren aparecer como creyentes.

Todos los que quieran encontrar el camino para ser libres con la libertad del Evangelio, comprometidos con el mandato del amor en el servicio a las personas, a su clase y a su pueblo, y particularmente a los más necesitados, tienen derecho a encontrar la oportunidad de hacerlo. Los que tenemos la responsabilidad de la acción pastoral no podemos cansarnos nunca de ofrecer oportunidades de oración, de encuentros, de revisiones a la luz de la fe; para ello, hemos de recuperar la confianza en el valor de lo que ofrecemos, porque sabemos que vale.

Oración y compromiso por los hermanos

16. Los que quieren vivir con un poco de autenticidad, sienten la necesidad de ver claro o, al menos, de ver los caminos por donde han de avanzar para llegar a metas y objetivos válidos. Ello exige saber leer la realidad, interpretarla a la luz de lo que nos permita saber qué es lo que tiene valor, qué es lo que vale menos, qué es lo que no vale, aunque ofusque. El cristiano necesita situar a Cristo y al Evangelio en el lugar definitivo que les corresponde para ser luz, camino, vida. Para que juzgue las acciones, los objetivos, las ideologías, y así nos ponga en el camino de la realización personal y de la salvación colectiva. También es ésta una dimensión de nuestra libertad cristiana y de nuestra identidad, en la que la Cuaresma tiene algo que decirnos.

La acción nos gasta y, en ocasiones, llega a quemar nuestras vidas al privarlas de ilusión, de expectativas y hasta de la misma justificación de vivir. No es sólo el hastío de quienes giran sólo en torno a sí mismos y a sus propios intereses; es también el cansancio de quien ha puesto a su vida el objetivo del servicio a los más nobles ideales de la justicia y de la fraternidad.

Cuando las acciones no tienen la eficacia que se hubiera deseado, cuando las resistencias al desarrollo humano de la convivencia entre los hombres son más fuertes de lo que se pensaba, cuando se experimenta el desengaño por el fallo de aquellos en quienes se había puesto la confianza, es necesario seguir creyendo. En el esfuerzo por lograr la libertad personal y por hacer más libres a los hombres y a la sociedad, hay que seguir teniendo fe. Para no replegarse sobre sí mismo, para aceptar los sacrificios y la cruz de la lucha por la justicia, para seguir amando, hay que ver con claridad que tiene sentido el amor.

La imagen, el recuerdo, el significado del misterio de Cristo tienen una vigencia actual que hemos de descubrir y hemos de saber presentar. Cristo no puede ser el descanso ficticio de quienes viven tranquilos sin amar; ha de ser, por el contrario, el móvil, el apoyo y la justificación definitiva de las entregas generosas.

Conversión y penitencia

17. Quizás tengamos que sufrir la impotencia de no saber descubrir ni presentar toda la fuerza de salvación que tiene la presencia histórica de Dios en Jesucristo. Si ello es así, nosotros los cristianos y las comunidades que formamos, sentiremos la necesidad de una conversión humilde, sincera y renovadora. Necesitaremos de la ayuda de Dios, pedida con humildad en la confesión sincera de nuestro pecado personal y comunitario.

La celebración de la penitencia y la misma confesión de nuestros pecados personales y comunitarios no es algo pasado de moda. Es la expresión humilde de nuestra impotencia para ponernos en el camino de la rectitud y de la justicia; es la confesión sincera de que no seremos libres si Dios no nos libera; es el signo público de que queremos volver a ser la comunidad que refleje la santidad de Dios, el paso de Dios por un mundo en el que el hombre de hoy encuentra serios obstáculos para descubrir las huellas de ese Dios.

El encuentro personal con Dios en el Sacramento de la Penitencia tiene que vigorizar el sentido de la responsabilidad personal ante la vida que estamos viviendo o estamos desperdiciando, porque no nos atrevemos a enfrentarnos con ella. Esta resistencia a compartir el fondo de nuestra experiencia ética, bajo capa de respeto a la conciencia personal, puede también ocultar la falta de decisión para llegar al fondo de los compromisos que tendríamos que vivir.

Este esfuerzo de llegar al fondo de nuestra responsabilidad personal se realiza convenientemente en el contexto comunitario que nos ayuda a discernir cuáles son nuestras complicidades con el desorden o el pecado colectivo que estamos viviendo. No sólo hemos de confesar nuestro pecado con los hermanos, sino que ellos han de ayudarnos a descubrirlo para evitar hacernos un Evangelio o un cristianismo adaptado a nuestros propios gustos o intereses.

Y es aquí donde la seriedad de la Cuaresma nos incita a revisiones serenas, pero comprometedoras, sobre nuestros modos de vivir profesionales, cívico-políticos, en los que los demás tendrán algo que decirnos, porque nuestros comportamientos repercuten sobre ellos. Los ingresos y gastos, los presupuestos familiares, el gasto superfluo, el afán de aparecer o de subir en la escala social, son aspectos de la vida personal que no pueden valorarse sin tener en cuenta situaciones ajenas, de las que no son independientes.

Por ello la austeridad, la pobreza, el sacrificio y la cruz no son valores cristianos que hayan perdido hoy su vigencia y actualidad. Ser lo suficientemente pobre y desprendido como para no enriquecerse a costa de los demás, aceptar de buen grado los sacrificios y las limitaciones que al gasto familiar o personal impone la justicia social o el interés de la comunidad, no renunciar al compromiso de reivindicaciones o de justicia por los daños personales que se puedan seguir, dominar el deseo de placer o de diversión para no instrumentalizar a las personas ni ser esclavo del instinto o del sexo, aceptar las renunciaciones que el cultivo de la castidad cristiana nos exige para lograr un amor verdadero, desinteresado y generoso, según el Magisterio de la Iglesia, son tantas manifestaciones del espíritu cristiano de sacrificio y de cruz que tienen, también hoy, vigencia y actualidad.

Una tarea común de adultos y jóvenes

18. Los adultos, y en particular los padres de familia y los educadores, ven con inquietud la falta de sintonía y aun la distancia que la juventud tiene en sus criterios y en sus modos de actuar, respecto de lo que ha sido y es su actitud ante la vida. Los jóvenes desconfían de lo que las generaciones anteriores les ofrecen como costumbres adquiridas y criterios indiscutibles, y pretenden crear por sí solos un mundo diferente, un mundo nuevo. El rechazo precipitado de lo que no coincide con el propio modo de pensar y de actuar podría ser tan perjudicial como la condescendencia fácil.

Por ello, el servicio mejor que unos y otros nos podemos prestar es el compromiso sincero en la búsqueda de una coherencia mayor de nuestros comportamientos con las exigencias de la fe. Deberíamos ser capaces de mostrar que el Evangelio tiene fuerza todavía. La invitación a aceptar nuestras creencias tendría la credibilidad que merece quien las ha tomado en serio.

Viviendo juntos un deseo común de renovación y de superación, tendremos fuerza moral para orar y celebrar juntos nuestra fe en Jesucristo, a cuyo atractivo y fuerza de sugestión no son insensibles los hombres deseosos de algo más noble y elevado que el bienestar sensible o la seguridad producida por el dinero.

Esperanza cristiana y celebración eucarística

19. La seriedad y responsabilidad con que hemos de enfrentarnos con este tiempo cuaresmal no deben confundirse con la tristeza, la pasiva resignación o el desaliento. La importancia que para cada uno de nosotros tiene la única vida que tenemos que vivir, y la trascendencia del momento histórico que como colectividad nos toca afrontar, nos impiden contentarnos con la ligereza y superficialidad de quienes no quieren abordar los problemas en su hondura y profundidad verdaderas.

Pero existe el gozo íntimo que produce el enfrentarse con los problemas, sabiendo que tienen solución y que esa solución nos acompaña en la historia. Esta fe en un Dios salvador de los hombres de nuestro tiempo ha impulsado a promover juntos en nuestras diócesis la reflexión sobre “la evangelización y el cambio social”, con sus incidencias en la renovación de las estructuras pastorales. Os invitamos a todos, sacerdotes, religiosos y seglares, a participar activamente en este trabajo.

El Espíritu de Dios opera con eficacia, aunque sus caminos y su ritmo sean distinto del que nosotros quisiéramos imponer. El deseo de solidaridad y de justicia es real; el respeto a las personas, a los grupos y a los pueblos es aceptado como base ineludible de convivencia pacífica; sabemos que la ciencia y la técnica nada resolverán si no las ponemos al servicio de un humanismo apoyado en el valor del espíritu; somos sensibles al valor del sacrificio y de la entrega a los demás. Para el creyente, todo esto es fruto de la presencia de Dios entre los hombres y de la eficacia de la Redención.

Por ello, el cristiano sabe que tiene que celebrar con alegría este acontecimiento de salvación realizada y prometida por Jesucristo. Para él, la Eucaristía es una fiesta que debe dar un tono festivo y gozoso a su existencia penetrada de sufrimiento y de cruz, pero no de amargura. También en la Cuaresma, el domingo es día de fiesta que debe dar tono festivo y gozoso a su existencia penetrada de sufrimiento y de cruz, pero no de amargura. También en la Cuaresma, el domingo es día de fiesta y de alegría, porque es el día del encuentro eucarístico. También éste es un objetivo que debemos proponernos los cristianos: devolver a nuestras celebraciones eucarísticas capacidad de crear alegría y paz en los espíritus, fraternidad y acercamiento entre los hermanos, a pesar de las luchas, los conflictos, las tensiones que por necesidad han de crear los cambios sociales, las injusticias cristalizadas en la sociedad y las propias debilidades y pecados personales. Jesús ha vencido al pecado en su cruz y en su resurrección, y los hombres, sus hermanos, no somos ajenos a su victoria.

A los sacerdotes y religiosos

20. Permitidnos, finalmente, que nosotros, vuestros Obispos, os dirijamos una palabra particular a vosotros, los sacerdotes y religiosos que tenéis una responsabilidad especial en este tiempo cuaresmal. Os invitamos a que viváis con ilusión y con interés un deseo sincero y eficaz de conversión a vuestra fe, a fin de poder hablar con convencimiento y con “virtud y fuerza de Dios” cuando anunciéis la proximidad operante del Reino de Dios.

Ofreced a vuestras comunidades, a los grupos de jóvenes y de adultos, según sus necesidades y sus centros de interés, la oportunidad de un encuentro con Jesucristo, con su Evangelio y con sus acciones sacramentales.

Preparad las celebraciones penitenciales, personales y comunitarias, a fin de que el encuentro personal con Dios y la urgencia comunitaria de la conversión preparen el nuevo rostro de la Iglesia que refleje, cada vez mejor, la voluntad que Dios tiene de salvar a todos los hombres en Jesucristo.

Esforzaos para que vuestras eucaristías dominicales, a la vez que iluminan las situaciones y las realidades del pecado entre nosotros, aporten el gozo de la salvación ya iniciada por la gracia y el don que Dios nos ha hecho en Jesús.

Y ya desde ahora os queremos anunciar el gozo de la alegría pascual, que ha de ser el apoyo de toda nuestra vida: ¡Cristo ha resucitado. Alegrémonos en el Señor!

Pamplona, San Sebastián y Bilbao
11 de febrero de 1976
Fiesta de Ntra. Sra. de Lourdes

- ✠ **José**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Jacinto**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **Antonio**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo Auxiliar de Pamplona
- ✠ **José María**, Obispo Auxiliar de San Sebastián